

CONCURSO LITERARIO

ASÍ MIRA OCÉANOS

Prosa y poesía



www.asociacionoceanosdetinta.es

Del 11 de noviembre
al 22 de diciembre



“La pasión por la literatura, como todos los buenos vicios, se acrecienta
con el paso de los años”

Mario Vargas Llosa

GANADORES DE I CONCURSO DE POESÍA “ASÍ MIRA OCÉANOS”

1º PREMIO: RELOJES DE CENIZA de José Daniel Rodríguez Arieta. PUNTUACIÓN: 43.5

2º PREMIO: LA VIDA ES ESTO de Jorge Cappa Fernández. PUNTUACIÓN: 43

3º PREMIO: LA ORTOGRAFIA DE LAS OLAS de Ángel Esteban Centeno PUNTUACIÓN: 42.8

GANADORES DE I CONCURSO DE PROSA “ASÍ MIRA OCÉANOS”

1º PREMIO: EMOCIONES CRUZADAS de Francisco Sacristán Romero PUNTUACIÓN: 45,8

2º PREMIO: HOMÚNCULO de Miguel Ángel Muñecas Vidal PUNTUACIÓN: 45,5

3º PREMIO: LA REBELIÓN DE LAS ESTRELLAS de Celia Espada García PUNTUACIÓN: 44,2

JURADO INTEGRADO POR:

Alberto Blanco Rubio

escritor y presidente de la Asociación Cultural Océanos de Tinta (Prosa)

Daniel Pérez Piniella

escritor y vicepresidente de la Asociación Cultural Océanos de Tinta (Prosa)

Victoria Olaya Magadán

poeta y vocal de Poesía de la Asociación Cultural Océanos de Tinta (Poesía)

Antonio González Sánchez

poeta y vocal de Poesía de la Asociación Cultural Océanos de Tinta (Poesía)

Rosa Rodríguez Núñez

poeta y presidenta de la Asociación Española de Amigos de la Poesía ASEAPO (Prosa y Poesía)

Antonia Simarro García

poeta y vocal de la Asociación Española de Amigos de la Poesía ASEAPO (Prosa y Poesía)

Susana Aguilera

escritora y tesorera de Asociación 100 Miradas (Poesía y Prosa)

Victoria Alonso

escritora y vocal de Asociación 100 Miradas (Poesía y Prosa)

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS DE AUTOR

Desde la Asociación Cultural Océanos de Tinta, Asociación Española de Amigos de la Poesía (ASEAPO) y Asociación 100 Miradas queremos dar las GRACIAS a todos los poetas y escritores que han participado en este I Concurso “Así Mira Océanos” y los animamos a que se presenten a futuras ediciones del concurso.

1º PREMIO POESÍA:

RELOJES DE CENIZA de José Daniel Rodríguez Arieta

I. Las horas que no fuimos

Guarda el reloj su latido hueco,

un péndulo que arrastra días rotos

y noches bordadas con la aguja del frío.

¿Qué queda del tiempo que no vivimos?

Tal vez un surco en la piel del aire,

un eco que rasga las paredes del alma,

como si el silencio recordara

lo que nosotros olvidamos.

Ayer soñé que era un río,

y en mi corriente llevé nombres

que nunca pronuncié.

Cada piedra bajo mi pecho

fue un peso que no elegí,

pero que llevé con la terquedad

de quien no sabe soltar.

¿Es el pasado un invento,

o un espejo donde nadie se atreve a mirar?

Caminamos por senderos de sombra,

buscando aquello que perdimos sin saber qué era.

II. Lo que el río nos devuelve

Pero el río, como el tiempo,

siempre devuelve lo que escondemos.

Hoy he vuelto a sus orillas
y en sus aguas vi reflejos
de rostros que no son míos
pero habitan en mi pecho.
El eco de los nombres olvidados
se alzó como un canto.
Era la voz de las piedras,
de las raíces que nunca dejaron
de buscar en la tierra el peso
de los pasos que dimos.
La memoria es un río extraño:
bebe de las sombras y deja su cauce vacío.
Pero, si escuchas con cuidado,
hay un ritmo, un latido,
como si el agua conociera
la historia que nos negamos a contar.
Hoy he entendido que el olvido
no es un abismo, sino un círculo perfecto,
como los relojes que dibujan los niños
en el polvo del camino.
Y mientras el río sigue su curso,
murmura:
"No eres más que una hoja,
un fragmento en el flujo eterno.
Pero en tu caída,
dibujas la forma de todo el bosque".

2º PREMIO POESÍA:

LA VIDA ES ESTO de Jorge Cappa Fernández

El vuelo de un sombrero en Nob Hill,
una nube de algodón al caer la tarde,
las farolas parpadeando su delirio
cuando tus ojos brotan en mis versos,
tu lumbre abraza mi descaro
y la noche en San Francisco
es un carnaval de futuros
que silban y danzan en nuestro milagro,
abren una puerta en Fillmore Street
y enciendes una vela en la habitación,
me regalas el mapa de tu cuerpo
para que elija un destino
y mi dedo señala un rincón soleado.
Así la vida va subiendo el telón
hasta que al fin se detiene y es esto:
escuchar una trompeta que toca jazz en la calle
mientras me pides que te recite un poema
y mi voz navega hacia tus islas
y tus manos se agarran al colchón
y susurras que no quieres
que la madrugada se acabe.

3º PREMIO POESÍA:

LA ORTOGRAFIA DE LAS OLAS de Ángel Esteban Centeno

Tú fuiste la primera voz,
la primera estrofa,
el primer latido,
el primer idioma,
el primer rugido...
más yo caminé sobre tu cresta aviesa,
cresta de serpiente malhumorada
de relámpagos malavenidos
con noches sin días
para enseñar viento y lirio
a los cielos peregrinos,
faenando con luz de acogida
cuando las ventanas venecianas
creaban primavera y rubor.
Pero un día me llevaste
a tu cenefa de ebriedad
al rompiente de luces desguazadas,
te conozco bien, hemos paseado
sobre la soltería de las olas,
tú me enseñaste las primeras letras
entre arbotantes de algas,
hilos de tristeza,
y decimales de infinitud.

Ahora ya he sosegado mi latido
cuando el tuyo es y será...
el idioma de la excelsitud,
respirando muerte y vida,
condensando versos húmedos y desabridos
aunque con melodía de trasparente efigie,
cristianando al pasajero del viento
al claustro de los trazados abisales,
siempre fuiste amante de la luz crepuscular,
cortejando al demiurgo, siendo tú caos, rebeldía
y obenque para los latidos atemporales,
estación de noche y de niebla
en el espigón del miedo,
señuelo y aventura por descubrir
torreones sin confines,
trasnochando latidos de la eternidad.
Llévame a la frontera donde se rasga
la flor del pensamiento
la clerecía del aire purísimo...

1º PREMIO PROSA:

EMOCIONES CRUZADAS de Francisco Sacristán Romero

Acabas de morir.

Nadie lo sabe, Emilio, pero tú estás muerto. No lo sabe Visitación, que estará dormida en casa. No lo saben tus hijos, dos niños y una niña ya sin padre nuestro. No lo sabe tu madre anciana en este silencio quebradizo que anuncia la aurora. No lo sabe tu cuñado. Él fue quien te sumó anoche a la manifestación. No tenías sueño y fuiste al cine. La película era mejor que la del pobre encuadernador en paro con los cincuenta recién cumplidos que cada día proyecta el espejo. Salías del teatro, luna nueva en el cielo de Madrid, y esa marea humana te sorprendió. Vivas ardorosos. Vivas enardecidos. Gargantas henchidas de fe. Entre ellas, la de tu cuñado.

Estaba en el Círculo Republicano cuando los manifestantes irrumpieron, pidieron una bandera tricolor y la ataron a un palo. Hamelín ya tenía flauta. Y la gente, tu cuñado también, siguió a la flauta.

Como en toda película, se lo advertiste: No te metas en líos y vete a dormir. Es la frase del secundario que va a morir. Cómo pudiste no darte cuenta. Tu cuñado cumplió el guion: No pasa nada. Vete tú, que tendrás que madrugar. La escena, con la Puerta del Sol en ebullición, no podía quedar así. Pedía más. La historia siempre pide más. Y tú, obrero con cara de obrero, pelo oscuro y corto, negros ojos abrigados por la espesura de las cejas, un bigote largo y recto que domina entero el rostro, estuviste a la altura, con la frase perfecta, la última de tu papel. No, yo no te dejo solo.

Hamelín, la marabunta y tú: Emilio Arauzo Honorio. Por la calle de Alcalá todo parece posible. En el paseo de Recoletos sucede lo impensable. Los guardias civiles, jorobados y nocturnos en la noche nochera, salen al paso. Los manifestantes siguen a Hamelín.

Súbitamente, las jorobas se aplanan y los rostros se abultan, negro eclipse de máuser. Tercos fusiles agudos por toda la noche suenan. La gente chilla y corre dispersa, cuadro viviente de Genovés. Se resguardan. Se echan al suelo. Reptan para abandonar la escena, donde quedan huérfanas boinas, sombreros, gabardinas, un abrigo ensangrentado. Y heridos. Muchos

heridos. Todos tienen algo en común que los separa de ti: ellos sobrevivirán, tú no.

Una bala te ha entrado por la espalda y ha salido por tu vientre. Tienes otro balazo en la mano derecha. La sangre es escandalosa sobre la camisa blanca. Las curas de urgencia en la clínica de la calle Tamayo no bastan. El traslado al Equipo Quirúrgico del distrito Centro sirve para que un fotógrafo te retrate con vida por última vez. Los doctores Villa y Rodríguez Ortega, y otros tres espectadores, comparten esta amarga lección de anatomía. Todos te rodean. Nadie mira a la cámara. No hay de qué sonreír. Te vas apagando en posición yacente mientras te sujetan la cabeza. Cuatro personas miran el orificio de la espalda. La otra, con bata blanca salpicada de rojo, aparta su vista hacia abajo, fuera de campo, como intuyendo tu final. Un cristo crucificado preside agónicamente la sala. Tu rictus lo imita y se va mortificando. Eres el único que mira a cámara: ojos entreabiertos, rostro exhausto, boca subsumida bajo el bigote.

Así te consumes antes que den las seis. Tu cuñado, que te perdió con los disparos, anda buscándote por todas las casas de socorro. No ha ingresado ningún Emilio y eso lo ha calmado. Aún no ha leído tu nombre en el periódico de la mañana, que narra la batalla campal de anoche y cita la lista de los heridos. Aún no sabe que has muerto. Aún no ha tenido que ir a casa de su hermana para anunciarle tu muerte, y es así como empieza el día para Visitación y sus tres hijos.

No pasa nada. Eso te dijo hace un rato tu cuñado. Ahora tú te enfrías en el oscuro depósito de cadáveres sin que nadie te vele. Nadie lo sabe, Emilio, pero tú estás muerto. Es más: a casi nadie le importa. Y mientras tu cuerpo se va enfriando, Hamelín ya está haciendo sonar la flauta para que todo Madrid conozca lo sucedido. La represión sangrienta. El enésimo abuso al pueblo. Un pobre obrero asesinado. Hamelín toca, Hamelín no para de tocar. Para que la rabia crezca. Para que la marabunta engrose. Para que su flauta arrastre al Ulises colectivo en esta Odisea de una jornada.

Va a empezar el martes 14 de abril de 1931. En los conventos ya preparan el Libro del Apocalipsis para leerlo este domingo. Cada hora de la liturgia anunciará el fin del mundo. Reyes, tronos, fuego, azufre, bestias, esclavos, muertos. Eso ocurre hoy: un mundo se extingue, una dinastía agoniza, unas vidas se apagan. La tuya, Emilio, es la primera.

Descansa en paz.

Ya cabalgan los jinetes por la gran Babilonia.

El día va a comenzar.

Las sombras se adelantan al amanecer. Se levantan de la cama, salen de casa, doblan esquinas, llaman a puertas, vagan en la oscuridad. Solo son sombras. Todo empieza así.

Bajo los soportales ennegrecidos de la plaza Alfonso XIII, un grupo de hombres se arremolina inquieto. Hace dos días fueron elegidos concejales de Éibar en las elecciones municipales que han sacudido el país. Hoy han sido convocados, de madrugada, a la casa consistorial. No saben qué va a pasar.

Casi todo empieza así.

Las sombras han ido atrayendo a más sombras, gatos en el misterio de la madrugada. La negrura desdibuja el perfil de los montes que hunden a la ciudad en este valle angosto, como un canasto verde y foliáceo mecido por el húmedo rumor del río Ego. Las sombras se multiplican. Uno a uno, los concejales suben las escaleras y toman asiento en el salón de plenos. Joaquín acudirá después.

Son las seis de la mañana. La sesión ha comenzado.

2º PREMIO PROSA:

HOMÚNCULO de Miguel Ángel Muñecas Vidal

¡Pom! ¡pom! Los aldabonazos en la puerta resonaban furiosos en la trastornada cabeza del alquimista. Pesadamente, pues su pensamiento se movía más veloz que sus piernas, encaminó sus pasos hacia el oratorio. Allí, en destartalados anaqueles, se disponían sus libros, su saber oculto, sus secretos más celosamente guardados. Al llegar, notó con desagrado que unos inútiles matraces y otros frascos ocupaban su mesa de trabajo. De un manotazo los tiró al suelo, haciéndose añicos. Por fin, despejada ésta, se sentó mirando al laboratorio, al lugar donde el homúnculo aún estaba por nacer. El secreto de la inmortalidad, el éxtasis de su revelación al alcance de la mano y... ¡maldito!, ¡codicioso!, ¡miserable!, el infame inquisidor le había encontrado. ¡Jamás! exclamó para sí-, ni, aunque me hicieras ingerir como tormento vinagre por la nariz, ¡jamás me extraerás una confesión!, lo juro por el legado de Paracelso, mi maestro, ¡sólo yo he convertido en realidad sus enseñanzas más herméticas!

¡Pom! ¡pom!, los golpes arreciaban, más duros aún. La puerta, de gruesa madera, bien atrancada, los resistía. Dirigió su mirada a la fragua en que ardía el fuego, donde la mujer, sien canosa, largas y velludas manos, se disponía a extraer el homúnculo de su receptáculo. Tomó su cuaderno y, al instante, advirtió horrorizado que no se había preocupado de codificar el texto: “El homúnculo habrá de engendrarse con la Luna en conjunción con Mercurio, en el interior de una damajuana ancha y de boca estrecha por donde respirará. Se añadirá semen humano, que contiene la semilla, estiércol de caballo, que la hace germinar, raíz de mandrágora, a fin de adquirir forma humana y orín rojo de hierro, para darle vigor. A los veintiocho días comenzará a agitarse y deberá ser alimentado con leche de nodriza, siempre al calor del fuego. Tras cuarenta semanas estará listo para el sacrificio, pues su sangre roja no es sino la piedra filosofal, la fuente de la vida eterna”. Absolutamente explícito y evidente para el inquisidor. Con decisión, comenzó a arrancar las hojas del cuaderno y, con la mirada perdida, las fue prendiendo en la llama del candil y arrojando, aún ardientes, al desportillado lebrillo.

El nuevo ser anunció con un chillido su alumbramiento. La bruja, acuciada por el alquimista, lo había extraído prematuramente. Aun así, estaba bien formado: cabeza, torso, extremidades, algo más de medio codo de longitud. La piel y los ojos del homúnculo, en contacto con el aire infecto del laboratorio, se habían vuelto azules, cianóticos. La anciana bruja miró al alquimista preguntándole qué hacer a continuación. Fue justo en ese descuido cuando el homúnculo, aún recubierto con la capa de grasa con la que había nacido, aprovechó para zafarse las manos que lo aprisionaban. Huía confuso, gateando, arrastrándose entre un reguero de cachivaches y vidrios rotos desparramados por el suelo. Fue a agazaparse tras unas redomas llenas de ácido maloliente. Conocía bien su destino, pues los homúnculos, es bien sabido, son inteligentes desde el momento de su concepción. Con voz aguda y gritona exclamaba: –“¡Impostor, loco asesino, tu inmortalidad es una quimera!, ¡déjame vivir!”.

El tiempo se consumía apresurado, fugaz. ¡Pom! La puerta crujió en exhausto alarido. Ruido de pasos apresurados en el corredor. La bruja, encorvada junto al fogón, mordisqueando raíz de mandrágora, exhortaba al alquimista con voz engolada: –“¡Mátalo, mátalo, antes de que sea tarde!”. El alquimista, sediento de la sangre del nuevo ser, se levantó de su mesa, persiguiendo atolondradamente al homúnculo. A su paso, armado de un atizador de chimenea, fue destrozando sin medida retortas, alambiques, copelas y crisoles. Enloquecido, arremetió contra el indefenso homúnculo. Un penetrante hedor a huevos podridos, almizcle y sangre inundó la estancia.

El bachiller, auxiliado por el cura, tras abatir la puerta, corría angustiado por los pasillos de la vieja casona. Con desesperación vociferaba: –“¡Don Pedro, por Dios!, ¡deténgase!, ¿qué ha hecho de Catalina?”, mas ya era demasiado tarde. Un aliento fétido le condujo directo al laboratorio. Lo que vio le produjo arcadas que no pudo contener. La joven mujer yacía desangrándose, tal vez ya muerta, en brazos de la partera. Esta, inmóvil, parecía canturrear algún tipo de inhumana plegaria, acaso pidiendo el perdón por sus actos impíos. El anciano y decrepito alquimista sostenía el feto de un recién nacido, ensangrentado tras el aborto, inerme, con el cráneo aplastado. En su locura, se disponía a sumergirlo dentro de una vasija de boca ancha llena de un extraño líquido ámbar y huir con su preciado tesoro.

El bachiller gritó más allá de lo que un ser humano pudiera hacerlo. Agarró un hurgón que halló junto al fuego y, sin esperar justicia de inquisidor alguno, lo alzó con intención de acabar con el perturbado homicida. “¡No!, ¡el homúnculo no!, ¡ahora no!” imploró el alquimista, quien, con un brusco giro, intentó esquivar el golpe del bachiller. Torpe y poco ágil, tropezó con una silla, cayendo sin control al suelo, donde un trozo de vidrio de una reventada retorta le atravesó la garganta. Sus ojos dieron un postrer, incrédulo parpadeo, quedando abiertos de par en par. El cura no hizo ademán de absolverle por sus pecados, ni siquiera la misericordia de la señal de la cruz.

3º PREMIO PROSA:

LA REBELIÓN DE LAS ESTRELLAS de Celia Espada García

Serena observaba las estrellas en silencio, mientras escuchaba a los que se habían reunido en el piso inferior confabular contra el Nuevo Orden. Llevaban con esas reuniones secretas en el sótano del bar de su esposo desde el día después del Nombramiento. Hacía ya seis meses.

Sabía que aquello les ponía en peligro a todos, por eso, había decidido irse con las niñas al Norte. Volvió a posar la mirada en la pequeña cama donde dormían sus hijas, ajenas a la revolución que se perpetraba bajo su propio techo.

No pudo evitar recordar su primer día en Ashar, la capital de Thar. Ella se había criado al norte del planeta, donde todo era negro, gris y blanco. La nieve y el hielo constantes, complicaban la supervivencia. Eran comerciantes de minerales e intercambiaban sus productos mineros por alimentos y recursos animales del Sur.

Por eso, cuando aquel noble del Sur se prendó de ella y decidió convertirla en su esposa, no dudó ni un momento en ir con él. Y, a pesar de sus notables diferencias, se enamoraron. Él era alto y fuerte, con la piel de un color beige claro y profundos ojos negros. Ella tenía una complexión similar, pero su piel era violeta brillante, al igual que sus ojos, rasgos típicos de su zona de origen.

Serena siempre se sintió fuera de lugar en su nuevo hogar, ajena a la vida política y social de la capital. Centraba toda su atención en atender el bar de Vixot, donde se citaba la clase alta y la nobleza de Ashar.

Terminó de hacer la maleta y se sentó en la cama con una gran tristeza llenando su enamorado corazón. Hacía tiempo que veía cómo el cambio se operaba en su marido. Al principio, eran pequeños detalles y comentarios despectivos sobre su forma de vida, después llegaron aquellas reuniones secretas que tanto preocupaban a Serena.

Querían comandar una sublevación de la aristocracia contra el Gobierno que acaba de ser nombrado por ir, según ellos, en contra de los ideales del Antiguo Régimen. Era cierto que este Nuevo Orden venía cargado de ideas frescas para el planeta y apostaba fuerte por la renovación de toda esa

casposa sociedad clasista... pero no era motivo suficiente para lanzarse a las calles y tratar de derrocarlo.

—Debes entender, Serena, que esto también lo hago por ti y por las niñas. Este nuevo Gobierno nos quitará lo que tanto nos ha costado conseguir con esas nuevas ideas tuyas de reparto equitativo y eliminar la diferencia de clases — repetía Vixot.

Serena no solía responder, prefería mantenerse al margen, como hasta el momento, de todas las tramas políticas de la capital. Pero las últimas semanas había empezado a interferir por el miedo que sentía a perder a su marido.

—Vixot, tenemos el negocio. No pueden quitarnos nada. Los que se verán afectados serán los nobles que no trabajan... —respondió ella, intentando aportar algo de luz a aquel desastre, con el objetivo de que su marido recapacitara —. Nosotros somos gente trabajadora.

Su esposo no la escuchaba. Tenía la mente en otra parte desde que todo aquello comenzó. Además, la vida de sus hijas era más importante que su amor. Y así se lo comunicó a su marido la noche antes del viaje, después de la cena, cuando Avan y Naix ya estaban dormidas. Vixot la escuchaba sin decir nada, con la mirada perdida en algún punto detrás de ella. Comprendía a su esposa, sabía que Serena haría lo mejor para sus niñas, aunque eso implicase sacrificar su matrimonio.

Pero él también estaba haciendo lo que creía mejor para ellas, tal vez de forma más arriesgada que su esposa. Si estaba en aquella alianza secreta era para tener un futuro que ofrecer a sus hijas. Así que sí, permitiría aquel viaje y aceptaría su soledad, por mucho que le doliese. Era lo mejor para ellas, en Ashar las cosas se pondrían feas cuando sus planes salieran a la luz.

—Lo entiendo, Serena. Volveré a por vosotras cuando este lugar vuelva a ser seguro —Vixot se acercó a ella y, esta vez, la miró a los ojos con un amor infinito.

Serena sintió una punzada en el pecho. Aún le amaba con toda su alma y sentía auténtico pánico de dejarle allí, arriesgando su vida por aquella causa imposible. Vixot la abrazó con fuerza, acunándola en su regazo. Aquel era un gran sacrificio para ambos, pero era por un bien mayor.

Vixot nunca había sido amante de las insurrecciones, pero abogaba por la justicia y la verdad. Se negaba a vivir en un mundo que premiaba a los vagos que no habían hecho nunca nada, solo aumentar el número de bocas que alimentar bajo su techo.

Su planeta ya había pasado antes por ello. Perderían su parcela de paz, aquella que habían construido y cuidado con tanto esmero, después de la Glaciación. De esa fatídica época hacía ya diez años, justo antes de nacer las gemelas. Su pequeño planeta violeta giró sobre sí mismo, sus polos cambiaron de posición y todo fue un caos. Los nuevos pueblos que quedaron al Sur no sabían gestionar sus antiguos recursos con aquel nuevo clima. Lo mismo sucedió con los nuevos pueblos del Norte, sus riquezas y cultivos se echaron a perder por el gran contraste de temperaturas.

Tardaron seis meses en preparar las migraciones y reestructurar todo para recuperar su antiguo sistema social y comercial. En aquel periodo tan desconcertante, algunos nuevos sureños rechazaron volver al Norte y buscaron refugio en el Sur. El desastre se acrecentó, demasiadas bocas que alimentar durante aquellos tres años de horror.

Esa experiencia les sirvió para darse cuenta de lo necesario que era tener todo organizado. Una vez que el Antiguo Régimen consiguió el equilibrio en el planeta y que todo volviese a la normalidad, los refugiados no querían irse. Se habían acostumbrado a aquella vida de donaciones y facilidades con los gastos pagados... y hubo que tomar las armas para terminar de corregir aquel gran error natural.

De aquel conflicto, nació el Nuevo Orden. Primero fueron solo ideas de pequeños grupos que se negaban a volver a sus lugares de origen. Después, se consolidaron como alternativa política y el Antiguo Régimen lo permitió, pensando que no llegarían a nada. Ganaron por una diferencia mínima, pero se habían hecho con el poder y ellos decidirían el futuro del planeta. Glixer parecía pertenecerles solo a ellos, pues nada de lo que había instaurado el Antiguo Régimen les parecía bien. Respetaron la división de las tierras, pero no la forma de gestionarlas.

—Poco se quejaban cuando se sentaban a nuestra mesa, tomaban nuestra comida y dormían en nuestras camas.

Solía ser la respuesta habitual de los defensores del Antiguo Régimen, que veían en riesgo su estabilidad. Sin embargo, no había nada que hacer, el

pueblo había hablado en las últimas elecciones planetarias. Por eso, había decidido tomar las armas de nuevo.

Serena se separó de su marido con la tristeza empañando sus ojos violetas. —Si te apresan, te matarán. Y vendrán a buscarnos a nosotras... —susurró.

—Eso no va a pasar, Serena —dijo él—. Velaré por vosotras desde aquí.

Las palabras de su esposo se perdieron en el silencio de la noche. Serena observó las dos lunas violetas que iluminaban el cielo azul oscuro lleno de brillantes estrellas.

—Por favor, Vixot, sé que no te haré cambiar de opinión... pero ten mucho cuidado. Vuelve con nosotras con vida.

Él volvió a abrazarla, mientras besaba su frente. Por primera vez desde que comenzaron a planificar la Rebelión, sintió la sombra de la duda en su corazón. Supo que el peligro era real para su familia si llevaban a cabo sus planes. Pero era por un bien común.

Una de las niñas se movió en la cama y ambos giraron la cabeza en su dirección. Seguían dormidas, sin imaginar los cambios que se avecinaban. Serena salió de la habitación y Vixot la siguió hasta la cocina. Allí, volvieron a mirarse a los ojos con un mar de nostalgia y pesar.

Apenas había amanecido cuando Serena y las niñas emprendían el viaje hacia el Norte en el vehículo espacial autodirigido. Las pequeñas pensaban que iban de vacaciones con su familia materna, se las veía felices y emocionadas. No sucedía lo mismo con Serena, que permanecía inmóvil en el asiento del copiloto, con la cabeza agachada y el rostro oculto bajo el velo blanco. Vixot se acercó a la ventanilla trasera para despedirse de las pequeñas.

Cuando se marcharon, volvió a bajar al sótano, donde el resto de aliados le esperaban, impacientes, para poner en marcha la segunda parte del plan. Iban a pasar al ataque en los próximos días y necesitaban repasar cada detalle. Estaban tan concentrados en aquel mapa interactivo del Palacio que ninguno de ellos escuchó el sonido de la bomba de gas descendiendo sobre el bar.



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LA POESÍA (ASEAPO)

ASOCIACIÓN CULTURAL OCÉANOS DE TINTA

ASOCIACIÓN 100 MIRADAS

Alcalá de Henares, abril 2025